

al tiempo que señala su presencia en obras tan conocidas como *Luces de bohemia*, *El otoño del patriarca*, *La fiesta del chivo* por recordar solo los ejemplos más significativos.

Pilar Vega y Lorena Valera han acometido la revisión de la leyenda sobre la cueva de Hércules, de un modo ordenado y ateniéndose escrupulosamente a la estructura del trabajo, con sintéticos resúmenes que favorecen la comprensión de la evolución y triunfo de este asunto en las distintas épocas, en concordancia con los parámetros de cada momento.

Alagón Ramón había de retroceder hasta la época medieval para documentar convenientemente su capítulo sobre la campana de Huesca, aunque le facilitaban esta tarea, fundamentalmente, los precedentes estudios bibliográficos de José Simón Díaz, Antonio Ubieto o Alvar Ezquerro, a los que no solo añade lo escrito después con distintas orientaciones y pretensiones, sino que aporta también una clasificación diferente y, sobre todo, valora las distintas variaciones de la leyenda con ayuda de los múltiples estudios sobre sus manifestaciones literarias.

Romero Tobar, al ocuparse con Carmen Peña Ardid de los sitios de Zaragoza en el último capítulo del volumen, cede a las exigencias locales sin ceder en relevancia temática, pues en efecto el interés suscitado por lo

vivido en esta ciudad aragonesa durante la Guerra de la Independencia ha llenado todos los géneros artísticos y diversos audiovisuales que el profesor Romero Tobar explicita y detalla de acuerdo con las características del volumen.

Romero Tobar, director inicial del grupo de investigación con núcleo en Zaragoza responsable de estos trabajos, a través de un ensayo de catálogo de estos temas incluido al final, invita también a otros investigadores a colaborar con sus aportaciones, discusiones y ampliaciones.

Ana Isabel Ballesteros Dorado
Universidad CEU San-Pablo
ballesteros@ceu.es

Valdez Garza, Dalia

Libros y lectores en la "Gazeta de literatura de México" (1788-1795) de José Antonio Alzate. Memoria, literatura y discurso, 4. México: Bonilla Artigas Editores/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey/Iberoamericana, 2014. 268 pp. (ISBN: 978-84-8489-863-4)

Hasta no hace mucho tiempo, para buena parte de los estudiosos de las literaturas virreinales, la historia intelectual y literaria de la Nueva España terminaba con las obras de sor Juana y Carlos de Sigüenza y Gón-

gora, hacia finales del fecundo siglo XVII. Luego de estas cumbres venía el precipicio, el vacío, que solo al comenzar el siglo XIX erigía nuevos puntos de altura, gracias a los trabajos narrativos y periodísticos de Fernández de Lizardi y la pléyade de escritores de la pre y post independencia. El siglo XVIII quedaba, de esta manera, sumergido entre dos mares: el del esplendor barroco y el de los avatares socio-culturales que trajo la nueva vida independiente. Afortunadamente, durante los últimos años las cosas han cambiado.

Una serie de trabajos sobre la cultura y las letras del siglo XVIII mexicano ha aparecido en las últimas décadas, lo cual ha venido a completar la imagen poco explorada de esta centuria virreinal. Los estudios pioneros en historia de la ciencia mexicana de Roberto Moreno, secundados por las investigaciones de Fiona Clark o Sara Hébert, entre otros, pero no son los únicos; a ellos se les puede añadir un verdadero esfuerzo arqueológico por desenterrar una serie de desconocidas obras literarias que dejó aquella centuria. Aquí encontramos los estudios sobre literatura clandestina de Pablo González Casanova, José Miranda y las indagaciones de María Águeda Méndez en los archivos del Santo Oficio novohispano. También trabajos de rescate como los que han llevado a cabo María Isabel Terán,

Virginia Gil Amate y, en los últimos años, la aparición del tomo de historia de la literatura mexicana dedicado a la centuria dieciochesca, a cargo de Nancy Vogeley y Manuel Ramos Medina.

Del estudio de obras se pasó pronto al análisis de la actividad de la lectura. ¿Cuál era la relación entre libros, hojas volantes u otros tipos de documentos y el mundo de sus lectores? ¿Cómo se leían algunos de estos textos? Estas preguntas fueron las que quizá alentaron, en la última década, las investigaciones de Gabriel Torres Puga sobre la opinión pública en la Nueva España de aquel siglo. Probablemente también guiaron las indagaciones de Mauricio Sánchez Menchero sobre el mundo de los libros y lectores en las obras periódicas de dos figuras fundamentales: el sacerdote, teólogo, naturalista y cosmógrafo José Antonio Alzate y el médico y matemático José Ignacio Bartolache. En esta misma línea de investigación, inspirada por los trabajos del historiador francés Roger Chartier, está la obra de Valdez Garza que ahora reseño, la cual se dedica a la más importante publicación periódica científica novohispana, *Gazeta de literatura de México*, editada por el erudito Alzate entre 1788-1795.

La autora divide su trabajo en dos partes, conformadas por subdivisiones de corta extensión. Esto hace que

la lectura sea más ágil y los aspectos que se propone estudiar se presenten claramente delimitados. La primera de estas dos partes está dedicada a un acucioso estudio de las condiciones sociales e intelectuales en las que surge la prensa científica en el México virreinal: ¿qué estaba ocurriendo en la prensa en el México de entonces? ¿Había algún cambio en las formas de concebir la información? Estas son algunas de las preguntas implícitas que guían los pasos de la investigadora, quien se centra en la *Gazeta* para explorar los laberintos de la cultura novohispana de la época. Valdez Garza concibe con justicia al periódico de Alzate como una “publicación miscelánea dentro de la prensa que hoy podemos entender mejor como cultural” (70).

Otro de los puntos importantes de esta primera parte es el examen de los problemas y críticas (gubernamentales y particulares) que enfrentaron las publicaciones del polígrafo. Por ejemplo, Valdez menciona y examina brevemente el *Diario literario de México* (1768), el cual duró ocho números. Hace lo mismo con otro casi tan efímero como lo fue *Asuntos varios sobre ciencias y artes*, de tan solo trece entregas, entre 1772 y 1773. También se detiene en *Observaciones sobre la física, historia natural y artes útiles* en catorce números, de 1787 a 1788, para rematar en la más duradera *Ga-*

zeta, que se publicó de enero de 1788 hasta octubre de 1795. Tampoco se exime de un análisis de los intertextos y hasta de algunas acusaciones de plagio a las que el polígrafo novohispano tuvo que hacer frente (88-102).

La investigadora también se ocupa de los circuitos letrados que estas publicaciones recorrieron, y de la difícil y compleja posición de Alzate como editor-autor en su trinchera de papel, como explica Valdez: “El escritor debía estar atento a librar una batalla en varios frentes si era necesario, y por eso, tal como sucede hoy, para publicar no bastaba el genio y la inteligencia, ni siquiera el dinero, sino la habilidad de vencer las fuerzas antagónicas humanas” (101). Para la investigadora, Alzate fue ese escritor guerrero que tuvo que sufrir el cierre de sus emprendimientos periodísticos y enfrentarse a lo largo de su vida con personajes de todo tipo de jerarquía: desde el virrey Revillagigedo (y el incómodo intercambio epistolar con él), pasando por poetas menores que criticó literaria y personalmente en algunas de sus entregas, hasta llegar a lectores anónimos que lo atacaron sin piedad. Sobre este último punto, el de la lectura, merece especial reconocimiento el breve pero ilustrativo análisis de Valdez sobre el cambio en los modos de leer en la época: de intensiva, dada la dificultad económica de la población por obtener nuevos

títulos, a extensiva, impulsada especialmente por la prensa científica que se transformó en un crisol de nuevas lecturas y conocimientos mediante un formato más asequible para un público mayor (134-35). Como dice la investigadora, para Alzate, “el público no habría de restringirse a los letrados, el que llamó el ‘público de los literatos’, sino que debía ampliarse a los menos instruidos” (136). El editor, así, debía convertirse en una suerte de educador, característica que tendrá cierta repercusión en la siguiente centuria.

En la segunda parte, la autora se enfoca en las formas de sociabilidad que facilitó la *Gazeta*: discusiones sobre el papel y utilidad social de la literatura –concepto que para la época incluía a todo tipo de saber– y, en un nivel más concreto, la creación de un espacio erudito de provecho para las academias y los círculos letrados, dentro de los cuales se podrían debatir los últimos adelantos en distintas materias. Justamente, en estas reuniones se evidenció, afirma Valdez, “uno de los cambios más radicales en los gustos lectores de la vida colonial producto del influjo de las ideas modernas” (147), esparcidas, sin duda, por la labor de editores como Alzate. La investigadora también da cuenta de la pertenencia del polígrafo a sociedades científicas españolas y francesas con las que

mantuvo contacto en paralelo a sus actividades en los círculos letrados de la Nueva España. Con respecto a esto, Valdez propone que esto le ayudó a posicionarse en la república literaria del virreinato con mayor autoridad, al ser una de las pocas figuras locales que gozaban de cierto prestigio internacional.

La autora no deja de lado el examen de las conocidas polémicas que el editor sostuvo en la capital virreinal con otros escritores que sufrieron punzantes críticas a sus obras en las páginas de la *Gazeta*, lo cual le llevará a reivindicar el papel de la crítica como medio de progreso intelectual. De esta manera, para Valdez la *Gazeta* fue un espacio de suma importancia en el debate literario, pues señala que “se convertiría en tertulia virtual y permanente, y muchos de los escritos de Alzate en detonadores de importantes controversias en el mundo literario novohispano” (148). Se dedica bastante espacio al examen de una de estas controversias: la defensa que el polígrafo llevó a cabo con respecto a la producción de conocimiento en América y el rechazo a los libros de viajes europeos que menospreciaban a las sociedades del Nuevo Mundo (180-228). Con esto, Valdez Garza cierra su trabajo y da paso a las conclusiones, sección final que brinda una coherente reflexión a partir de su examen de la *Gazeta* de Alzate.

La investigadora se hace cargo en las conclusiones de algo que antaño fuera tan discutido y que hoy, gracias al esfuerzo de varios estudiosos ya mencionados, no es posible desconocer: la existencia de un movimiento ilustrado en el México dieciochesco. Por ello, luego de su sólido examen, concluye que la última publicación periódica de Alzate debe ser considerada “como una fuente para el estudio de la Ilustración novohispana porque constituye un testimonio de las ideas antiguas y modernas que antagónicamente se cruzaban en el espacio propio de quienes integraron la República de las Letras” (229). Valdez insiste en esto al señalar que la *Gazeta* facilitó un diálogo propio “de la modernidad ilustrada en la Nueva España” (229), al incluir conceptos clave de ella: legitimación del debate crítico, divulgación de nuevas ideas científicas (experimentalismo), aprecio por el trabajo técnico, ruptura con el modelo escolástico, cambio en los hábitos de lectura, entre otros elementos. Esto llevó a Alzate a ser un verdadero símbolo de este cambio, algo con que Valdez parece estar de acuerdo: la aparición de la *Gazeta* permite la coexistencia de “otro sistema como el científico, identificado con un tipo de sociedad moderna” (231). En otras palabras, esta publicación de Alzate da un primer remezón a la estructura hegemónica del saber

escolástico, la cual terminaría por ceder su lugar al desarrollo científico experimental en épocas posteriores.

El examen que Valdez lleva a cabo en su investigación no deja duda alguna de la acertada elección que hizo al centrarse en una figura como la de Alzate: él es el ejemplo más claro, una especie de paradigma absoluto, de todos estos vaivenes de los inicios de la prensa científica en México y el cambio paulatino hacia nuevas formas de conocimiento más propio de las ideas ilustradas. Siendo el primero en proponer este nuevo canal de información –diferente al que Castorena, Sahagún de Arévalo y Valdés habían llevado a cabo en sus periódicos–, Alzate sufrió en carne propia la lucha por divulgar el saber científico experimental de su tiempo y posicionarlo en contra de las enseñanzas escolásticas todavía vigentes. Por ello es destacable que la autora haya incluido un sucinto examen de las obras anteriores del erudito editor: de esta manera, los lectores contemporáneos pueden comprender el proceso hacia las ideas modernas desde las más tempranas publicaciones de Alzate y su muchas veces estéril lucha que libró contra los saberes especulativos.

En síntesis, el trabajo de Valdez es más que un estudio monográfico sobre Alzate y uno de sus periódicos, pues es también una importante y valiosa investigación sobre las nuevas

ideas ilustradas que circulaban en la Nueva España dieciochesca y el choque con la antigua matriz filosófica. A esto se agregan sus fructíferas indagaciones sobre la aparición de una prensa científica y cultural como resultado de un proceso de cambio en la lectura y, finalmente, un enfoque que nos muestra las entretelas de algunas empresas culturales en el virreinato y las redes de productores, lectores y detractores que tuvieron. Estos elementos brindan una dimensión global a la investigación de Valdez, puesto que posicionan a Alzate como un personaje situado más allá del mundo novohispano, en contacto con las ideas de su época y partícipe de algunas instituciones que fomentaron un saber ilustrado. El propio

polígrafo define este carácter global de su actividad literaria en un audaz pasaje de una polémica carta que escribe al virrey Revillagigedo: “Para no ser prolijo, diré en dos palabras que los literatos, por una mutua convención, se han imaginado miembros de una República en donde sólo gobierna la razón y en donde todos los individuos sólo se consideran por la parte que tienen de literatos”. El sólido estudio de Valdez muestra, justamente, al erudito Alzate, a sus modernas ideas y a su compleja labor periodística como parte de una amplia república literaria.

José Francisco Robles
Colgate University (NY, EE.UU.)
jrobles@colgate.edu